

Fernando VII el Inimitable

Parece que el artículo que publicábamos aquí el 26 de abril, titulado «Entre caña y caña», y en que transcribíamos parte de la espampanante información telegráfica que desde Sevilla envió al «A B C» el día 20 del mismo mes su analfabeto y abecedario director, le ha hecho pupa. Por lo cual vamos a recordarlo.

Desde luego no hay que hacer caso de las coces del manoseado don Torcuato. El que esto escribe es acaso el catedrático que en treinta y dos años menos días ha faltado a clase, y si cuando ha salido, o aprovechando vacaciones, o por requerimiento judicial, ha dado que hablar de modo que se agranden esas ausencias, es otra cosa. Y basta de esto.

El órgano subrepticio de Palacio, el que tienen allí para lanzar globos de ensayo y ver cómo caen llama falsedades y mentiras a nuestra mera reproducción del meollo de su telegrama, de aquello de que el Luca de Tena, estando presente el conde de la Mortera, alma de la Liga Africanista, se ofreció al rey para constituir con este conde, y suponemos que con otros africanistas de los del desquite por el rescate de los cautivos de Annual, un gabinete que laboraría por España y «sobre todo por Sevilla», y don Alfonso contestó «que para ese gobierno no actuaría de poder moderador, sino como auxiliar decidido».

¿Que no fué sino conversación de cacha de feria, entre caña y caña, después de haber aceptado el monarca algunas copas de vino? Pues eso ningún monárquico leal y discreto lo publica. Se puede, aunque no se deba, decir eso entre caña y caña, pero no se puede publicarlo. ¿O se publicó entre caña y caña? Acaso... Porque el «A B C» parece redactado en una jumerá perpetua. Y par embriagar de tontería a sus lectores.

Ya cuando aquello de entrar en Alhucemas a sangre y fuego, otro globo de ensayo palatino que salió mal, se disparó el organillo dinástico con sus castizos corcovos.

El organillo lo es del casticismo, caricatura innoble, tal como él lo entiende, del patriotismo. De ese casticismo de «banderita, banderita», que nos está envileciendo aquí y deshonrándonos en el extranjero. De ese casticismo que después de ir a Londres a hablar frívolamen-

te de la lengua española y a repetir, como lección aprendida por señorito cursi, lo de que es la lengua para hablar con Dios, le hace decir a uno: «¿Qué, la di-ña?», tratándose de su suegra.

¿Qué razón tiene Spengler, al decir que lo fundamental de un pueblo, de una civilización, de un siglo, de un hombre es el estilo! Ya lo había dicho Buffon: el estilo es el hombre.

Y es el estilo, el estilo de hablar y de hacer y de dar y de pedir y de echar roncas y de llorar, es el estilo lo que tenemos que estudiar. Y lo peor de todo cuando el estilo no es original, cuando es de plagio o de imitación, cuando es manera.

En la historia quedan para los artistas los que tuvieron estilo propio, personalidad. Se puede hacer un drama, tragedia o comedia, con nuestros Pedro el Cruel, Fernando el Católico, Felipe II, Carlos II el Hechizado, Fernando VII... ¡pero con Felipe III, con Fernando VI, con Carlos IV, etc., no! Y acaso el más dramático de nuestros Borbones haya sido Fernando VII. ¡Porque como estilo, vaya si lo tenía! Fué original, profundamente original. Desde las escenas de Bayona.

Dicen que alguien dijo en cierta ocasión a un actual historiador muy sutil y muy malicioso, refiriéndose a Fernando VII: «Pues mira, lo que a ti te parece peor en él es lo que de él más me gusta.» Pero Fernando VII es inimitable. No cabe fiarse de viles falsificaciones.

¡Y para globos de ensayo los que soltaba el Narizotas! ¡Que disponía de cada don Torcuato!...

Y para castizo — de su casta, ¡claro! — aquel... rey. Lo que no quiere decir nacional. Porque casticismo, hay que repetirlo otra vez, no es patriotismo, no es nacionalismo. Es más: el casticismo ese de ¡viva la Virgen! puede ser profundamente antipatriótico. Que es tan cómodo hacer desamparados para que los ampare la Virgen, como armar una guerra injusta y absurda para que luego las señoras — ¡oh, las señoras! — se disfracen elegantemente de enfermeras, se retraten con la cruz roja — roja de sangre ajena — y funden roperos para preparar las mortajas de los que han de ir a ensanchar el reino amenguando la nación.

Fuó mucho más original lo de los llamados cien mil hijos de San Luis, lo de los soldados del duque de Angulema cuando el inimitable Fernando VII llamó a los suyos, a los mercenarios de los españoles. ¡Aquél sí que fué tercio de extranjeros, aquél!

Seguiremos comentando los que el organillo palatino llama «éxitos del españolismo de esta monarquía».

Miguel de UNAMUNO.

